



# REFLEXIONES SOBRE LA MUERTE Y EL SUICIDIO\*



La muerte de Sócrates - Jacques-Louis David (1748-1825)

## Resumen

Tratar la enigmática cuestión de por qué un ser humano levanta la mano contra sí mismo no es para nada una tarea sencilla. Para acercarnos a este indescifrable nudo de la muerte suicida haremos un rodeo por el misterio de la muerte a través de diversas obras filosóficas, literarias y psicoanalíticas. Empezar este camino nos obliga a dejar de lado los prejuicios y las condenas morales que aún pesan sobre la razón si deseamos liberar al suicidio de la prisión en la que ha sido recluido con las cadenas de la patología.

## Palabras clave:

Muerte, suicidio, misterio, enigma, esperanza, desesperación, negación, narcisismo, pulsión de muerte, deseo de muerte, duelo, melancolía, Yo y cuerpo.

## Abstract

To deal with the enigmatic question of why a human being raises his hand against himself is not an easy task at all. To approach this indecipherable knot of suicidal death we will make a detour through the mystery of death, stopping by some philosophical, literary and psychoanalytic works. Undertaking this path forces us to set aside the prejudices and moral condemnations that still weigh on reason if we wish to free suicide from the prison in which it has been confined with the chains of the pathology.

## Keywords

Death, suicide, mystery, enigma, hope, despair, negation, narcissism, death drive, death wish, mourning, melancholy, Ego and body.

\*Este trabajo se presentó en Barcelona el 25 de mayo del 2019, en la Jornada dedicada a la muerte suicida del Nou Espai Obert.





Comenzaré con dos citas que no tienen en apariencia nada en común, pero sirven para enmarcar las reflexiones que haré sobre la muerte y el suicidio.

La primera, de Pascal, dice así:

Todos los hombres aspiran a ser felices;  
eso no admite ninguna excepción;  
por distintos que sean los medios que emplean,  
todos tienden a lo mismo... hasta los que se ahorcan.

La segunda, es un breve escrito encontrado en el lugar del suicidio:

Saludo a todos mis amigos. Ojalá puedan ver el amanecer después de esta larga noche. Yo, demasiado impaciente, me voy antes de aquí.

Se hallaba junto a los cuerpos abrazados de Stephan Zweig, y su pareja Charlotte Altmann, después de beber el veneno en su exilio de Petrópolis.

precede de un modo definitivo al acto de morir, al punto nodal de la muerte, y en especial del suicidio. Me refiero en el caso del suicida a esa decisión de dar un paso hacia la muerte, que podría muy bien designarse con el nombre de empuje hacia la muerte, caracterizado por una tendencia constante, reflexiva y sin retroceso, que conduce hacia la nada de la muerte; movimiento, por otra parte, alejado del mero impulso o pasaje al acto.

El lenguaje coloquial habla de muertes naturales cuando ellas se producen por los encadenamientos propios de la naturaleza, ya sea por la aparición de enfermedades terminales o a consecuencia de la declinación de la vida durante la vejez. El desgaste del organismo provocado por una infinidad de causas, o la avanzada edad, la decadencia propia del cuerpo y sus órganos, y el progresivo deterioro de la vida social e intelectual, conducen de diferente manera a lo que se denomina, en general, una muerte natural. Una muerte esperada, sin otra cualidad que la de ser natural, de acuerdo con los parámetros de salud de una

## **Si bien la muerte no deja de ser un misterio para el ser humano, el suicidio no se queda atrás al redoblar los interrogantes y desplegar ante nosotros un enigma.**

Deseo transmitirles ahora las referencias y notas tomadas en la lectura de ciertos textos, será la trama de un relato sobre la muerte y el suicidio; son los apuntes de un laborioso trabajo que usaré como herramienta para caminar por la pendiente escarpada y resbaladiza de una compleja cuestión moral. Si bien la muerte, a pesar de ser reconocida por todos, no deja de ser un misterio para el ser humano, el suicidio no se queda atrás al redoblar los interrogantes y desplegar ante nosotros un enigma. Con toda seguridad no resolveré durante mi exposición el enigma del suicidio que multiplica hasta el infinito el misterio de la muerte, pero con el desarrollo de algunas ideas espero abrir el abanico de argumentos que nos permita enunciar ciertas reflexiones sobre estos difíciles problemas. Nos hallamos ante cuestiones donde los juicios lógicos y los razonamientos agotan su potencia a medida que nos aproximamos a ese momento que

determinada sociedad y cultura sanitaria. Dicho de otro modo, cuando el sujeto pierde, por una u otra razón, la capacidad funcional que tiene para la sociedad, se espera con naturalidad su muerte.

Todo lo que escape a esos registros naturales el lenguaje coloquial lo designará con un adjetivo agregado al sustantivo muerte para diferenciarla así de la muerte natural: muerte prematura, muerte accidental, muerte violenta, muerte digna, muerte súbita, muerte por sentencia judicial, muerte por eutanasia, muerte voluntaria. Si se parte de esta premisa se puede decir que todo lo que interrumpe de un modo imprevisto el ciclo natural de la vida precipitando la muerte o anticipando su conclusión por motivos internos o externos, llevan una marca distintiva que las ubica como muertes no naturales. Al considerarlas





así no se niega para nada su necesaria articulación con la historia singular de cada sujeto como cualquier muerte natural.

La muerte de un joven en un accidente o por enfermedad, no por ser prematura para su entorno deja de ser natural, aunque sea incomprensible como toda muerte, y esta lo es aún más porque salta por encima de las generaciones anteriores; o la muerte violenta y accidental de una mujer en un atentado terrorista no deja de ser, en ciertos aspectos, menos natural que cualquier otra muerte si nos atenemos a la inseguridad provocada por los conflictos internacionales y a la violencia social indiscriminada. En cierta medida, toda muerte debe ser considerada natural, prematura porque llega siempre antes de tiempo para el sujeto, y violenta porque es brutal y aniquiladora. Así lo narra Joan Didion, días después de la muerte repentina de su marido, el escritor John Dunne, en su emotivo y doloroso texto, *El año del pensamiento mágico*:

La vida cambia deprisa.  
La vida cambia en un instante.  
Te sientas a cenar y la vida que conocías se acaba.

Vivir es un riesgo porque la muerte siempre acecha como posibilidad natural de la vida. Hablar de muertes naturales y otras que no lo son es un contrasentido, todas son naturales y al mismo tiempo nada naturales para el que la sufre, porque todas las muertes quiebran la lógica de la vida y detienen su tiempo. Son completamente naturales y sin embargo extrañas.

El misterio inefable de la muerte está teñido por una profunda ambigüedad: es el límite irrevocable de la vida y la condición fundamental de la existencia; es indescifrable, incognoscible, pero sin embargo, conocida por todos. Es un misterio y, al mismo tiempo, un acontecimiento empírico, evidente y evasivo. Es universal, desde el punto de vista racional, pero incomprensible. Es familiar y extraña, lejana y próxima, es sencillamente siniestra.

Presente en todas partes, su pertenencia está más allá

de la vida, en otro mundo. Representa la precariedad, la fundamental inconsistencia de todo lo que es humano. Es una desdicha universal, una enfermedad difusa, una enfermedad constitucional e irreversible que anuncia la finitud de la vida. La muerte es una enfermedad que ninguna medicina curará. Todos los seres son mortales, enunciado del famoso silogismo que, en manos de Vladimir Jankélévitch, se convierte en un auténtico chiste judío: la muerte es, por excelencia, la única enfermedad mortal de las personas sanas.

**Cuando la muerte comienza a ser perceptible su presencia es un tormento. El futuro se estrecha hasta convertirse en una fina línea que lleva a la desesperación.**

Cuando la muerte comienza a ser perceptible por alguna razón su presencia es un tormento. El futuro se estrecha hasta convertirse en una fina línea que lleva a la desesperación. Como aquel gato del cuento de Kafka cuya vida avanzaba por la calle de una ciudad sintiendo a cada paso como la perspectiva de su visión se iba angostando hasta el extremo de sentirse aprisionado sin salida alguna. A medida que el espacio futuro se limita, el sujeto puede tener la sensación de que su esperanza de vida se desvanece y su rayo, ahora diminuto, no logra atravesar las rendijas del espíritu. Al llegar a ese punto infranqueable cuando la posibilidad de la muerte aparece con toda su potencia la resignación frente a lo irremediable parece invadir la escena de la vida.

No me refiero aquí a la desesperación metafísica, intelectual, literaria, tan propia del espíritu romántico, sino a la desesperación de ese ser humano acorralado por el tormento cuando el aire de la vida se hace irrespirable, asfixiante, cuando no hay caminos hacia el futuro y la ilusión y la esperanza se han desvanecido en el horizonte. La desesperación es antagónica a toda esperanza porque cierra la apertura al porvenir. En esos dramáticos instantes de la vida, donde se apagan las luces del entendimiento, cuando no se encuentra ninguna solución y todo parece perdido, la única solución es, muchas veces, el suicidio.





Es un hecho innegable de la experiencia, imposible de eludir en nuestras referencias, la existencia de un estrecho vínculo entre la desesperación y el suicidio, con el matiz de una licencia que, aunque parezca una contradicción no lo es; en el suicidio no siempre nos hallamos ante una enfermedad desesperada, en ocasiones su dolorosa idea nos puede dejar una bella melodía. Escuchemos en los bellos versos de Petrarca su pensamiento suicida por la muerte de Laura:

Huye la vida y no espera un momento,  
y la muerte la sigue velozmente,  
y lo que ya ha pasado, y lo presente,  
y hasta lo que vendrá, me dan tormento;

recordar y esperar un sufrimiento  
es tan atroz que, verdaderamente,  
porque piedad de mí mi ánimo siente  
no está fuera de mí este pensamiento.

Canto CCLXXII

Se puede iluminar ahora en el relato la diferencia radical que existe entre el nacimiento y la muerte, entre esos dos puntos extremos y asimétricos de la vida: el pasado y el futuro, entre dos modos de relación del ser y el no ser.

Uno, es la marca del inicio, el nacimiento, el pretérito más extremo de la vida, ese punto señalado donde el ser sucede al no ser. El acontecimiento natal es un dato unívoco, inamovible, una fecha fija y un lugar determinado, una frontera definitiva, un origen que en cierto modo predestina. Es el comienzo inaugural recibido con todo el júbilo que proporciona la esperanza de vida.

El otro, el punto de llegada, la muerte, es el de la esperanza perdida donde solo queda la nada. La muerte es un futuro que nunca será pasado para el propio sujeto, punto donde se abrocha *après-coup*, retroactivamente, y de manera definitiva, el devenir de la vida. La muerte nos hace comprender la vida con su luz retrospectiva emitida por esa frontera elástica e indeterminada

de la fecha de muerte, donde el no ser sucede al ser, anunciando con dolor el fin del intervalo vital.

Enfrentar esta verdad ineluctable de que todos moriremos en algún momento conduce al sujeto, en más de una ocasión, a negar con toda su fuerza una realidad que no se atreve a reconocer. Se ata a la vida rechazando la muerte. El hombre es un ser destinado a la muerte y, contra ello, se rebela y se resiste el sujeto hasta adoptar una posición defensiva que intenta postergar indefinidamente su llegada. Se dice a sí mismo —como le ocurre a un personaje del relato de Tolstoi, *La muerte de Iván Ilich*— son los otros los que mueren, pero no yo. O como lo enuncia Freud en su texto *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*:

... nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, que en el inconsciente todos nosotros estamos convencidos de nuestra inmortalidad.

Esta es la cruel verdad que tratamos de disimular cuando afirmamos nuestra entereza frente a la muerte.

El Yo aparece teñido desde su nacimiento con el brillo de la eternidad que le otorga su mundo imaginario y ofrece una tenaz resistencia ante la muerte levantando para ello la muralla del narcisismo. Quizá la omnipotencia narcisista sea la última barrera ante la muerte.

El Yo intemporal puede afirmar entonces que la muerte de alguien no es el final de la vida, sino del vivo; que es una pérdida relativa para la especie, un fallo episódico y que otros seres compensarán con su presencia los espacios vacíos. Dicho de otro modo, cree firmemente en la reproducción de la vida, un tesoro inagotable que prevalecerá al vigor de la muerte. Es el triunfo de la plenitud constante de la vida que terminará por derrotarla. El principio de conservación de la especie en su continuidad indefinida y perpetua es el gran obstáculo que se interpone en la comprensión de la propia aniquilación. «Se diría que la vida, todo lo vivo, no tiene más razón que seguir viviendo mientras puede e ir renovándose siempre de manera continua».





Existe un cuento popular recopilado por los hermanos Grimm, titulado *Der Gevatter Tod* [El compadre Muerte]. Al final del relato la Muerte conduce a su protegido a una caverna subterránea. Allí había millares de candelas que ardían. Unas eran grandes y otras pequeñas. A cada momento, algunas se apagaban y otras se encendían.

Mira —dijo la Muerte— estas son las vidas de los hombres; las más altas pertenecen a los niños, las medianas a los esposos que están en la flor de la edad, las pequeñas a los ancianos, y allí la tuya. La Muerte le mostró entonces un cabito que amenazaba extinguirse.

Enciéndeme otra —le pidió su protegido—.

—No puedo —respondió la muerte—. Una candela tiene que apagarse para que pueda encenderse otra.

En el relato la necesidad de existir se convierte de manera enteramente inadvertida en la necesidad de morir y renacer. Ilusiones discursivas que de nada sirven para remediar el destino mortal del ser humano. Engañosos espejismos que no ocultan una verdad: el muerto y el superviviente de la especie no son una única y misma persona, el que reemplaza es otro distinto al predecesor. La vida continúa, es cierto, pero sin mí. La muerte siempre es un asesinato porque el ser debería durar para siempre, su desaparición es un hecho extraño y escandaloso.

Esperando ese inevitable momento de la muerte el yo de cada sujeto le demanda a la vida una nueva prórroga, un mes más, un año más, un tiempo infinito más. *Mors certa, hora incerta* —así lo dice Jankélevitch— la muerte universal aunque pueda ser una certeza para el ser humano no determina la fecha de su llegada particular y definitiva, es incierta para cada individuo. Él se sabe mortal, pero este saber improductivo no lo hace inmortal, es un saber impotente frente a la muerte propia. La ignorancia de no saber cuándo y dónde espera la muerte, alimenta el poder mágico de alargar imaginariamente la vida.

Entre la muerte segura declinada por el sujeto de forma universal como saber paranoico y la muerte propia indeterminada, sin fecha, ni hora, ni lugar, se abre un

tiempo de incertidumbre. Entre el saber impotente que nada puede hacer para anular el hecho de la muerte y el poder ignorante que trata de diferir la hora de la desgracia incierta, se entreabre la esperanza de que la muerte en general no llegue a ser mi muerte propia, una eventualidad incierta que quizá podría no suceder mientras la vida se prorroga. En ese espacio se desata la pasión por la vida y el miedo a la muerte, la desesperación y la esperanza combaten entre sí.

La esperanza no deja de ser una apuesta. De otra manera lo expresa Montaigne:

... dado que en las cosas humanas se producen tantos cambios súbitos, es difícil juzgar el punto exacto en el cual se han agotado las esperanzas.

La esperanza le concede un crédito a la fecundidad del tiempo, toma partido por la probabilidad de un acontecimiento y su posibilidad de éxito: un remedio que pueda vencer la grave y mortal enfermedad, o un inesperado aliento que pueda disipar las sombras del suicidio y, todo ello, a pesar de que la victoria en cada caso sea razonablemente improbable.

Se habla entonces de una esperanza sensata, no de una opción ciega y arbitraria frente al dolor de una vida reducida a la mera supervivencia sin fines ni gratificaciones. La esperanza es una espera anhelante, sin ella ya no se puede vivir, y cuando se pierde solo queda la esperanza desesperada.

El sujeto, a veces, se rebela contra lo incognoscible y lo incurable y lucha por el espacio vital, y en otras ocasiones cae en la resignación de una moral demasiado complaciente y deja de luchar contra un destino que supuestamente ha dictado su sentencia. Un día más puede ser un rechazo a la fatalidad o una ambición desmedida y omnipotente, o bien un tiempo innecesario para el cobarde que espera del futuro solo dolor y sufrimiento.

Recojamos en este marco otra vez las ideas de Vladimir Jankélevitch:





La resignación mantiene la esperanza en los límites del destino, pero la esperanza al reabrir la brecha hace estallar la resignación y devuelve un porvenir al hombre asediado.

Cuando escribía estas líneas vino a mi memoria un divertido fragmento de la película *Aprile* de Nanni Moretti. En el 44º aniversario del propio Moretti, un amigo le entrega un metro plegable de uso habitual entre los carpinteros. Perplejo por el regalo observa como el amigo resta 44 centímetros al metro y le pregunta cuánto tiempo piensa vivir. Sin salir de su extrañeza Moretti le contesta 80 años. Ello significa restar 20 centímetros más al metro. El regalo es de 36 centímetros de buenos deseos. Esta absurda situación desemboca en un lamento furioso e inconsolable del protagonista que, sorprendido por el raro obsequio recibido, no supo decirle al amigo que iba a vivir 95 años, y transformar así los 36 centímetros en más de medio metro de vida.

aceptada, el suicidio se convierte en una de las peores atrocidades humanas. Si no se reconoce la muerte como destino humano, menos aún se concibe la idea del suicidio como muerte naturalmente provocada por la propia mano.

La muerte es una ruptura definitiva con la vida y con su dialéctica, y cuando se cruza fatalmente el umbral de la vida emergen las espesas sombras de la nada y el vacío más absoluto. Se inicia un viaje hacia la nada. Al penetrar en ese territorio de negra oscuridad las palabras vacilan; la muerte es indecible, indescriptible, inenarrable, simplemente porque no hay nada que decir sobre ella, y todo lo que se pueda decir se dice desde la vida separada de la muerte. En palabras de Angelus Silesius:

Si quieres expresar el ser de la eternidad, antes que nada, debes despojarte de todo discurso.

### **cuando la muerte natural no es plenamente aceptada, el suicidio se convierte en una de las peores atrocidades humanas.**

Los espectadores somos testigos de esa lucha contra el destino donde todos estamos comprometidos, de una manera u otra, en mantener una esperanza de vida cuya longitud a veces se puede medir en centímetros, y otras, en años. He aquí el sufrimiento del hombre frente al irremediable y absurdo choque de la vida con la muerte.

La primera persona del singular solo puede conjugar morir en futuro. Puedo decir que moriré, pero nunca que muero. El que dice muero se desmiente a sí mismo porque está vivo. Yo nunca muero para mí mismo. Para mí la muerte no existe. Siempre muere el otro, solo conozco la muerte del otro. Recordemos aquí a ese pensador francés que confiesa su escepticismo ante el destino a través de una fórmula muy ingeniosa: «Sé que moriré, pero no me lo creo».

Sencillo enunciado inscripto en una pancarta que precede la gran manifestación de los seres vivos en su lucha contra el espectro de la muerte. Justamente cuando la muerte natural no es plenamente

Lo inconcebible de la muerte escapa a toda conceptualización, y el pensamiento, por más entusiasmo que ponga, no puede asirla como objeto, no consigue contenerla y se resbala permanentemente entre el manojito de ideas. Es un objeto fugaz, evanescente. La muerte deja helado al discurso. Siendo lo más presente es también por ello lo más indecible. Sin embargo, y a pesar de todo, el ser humano no deja de hablar de la muerte aunque sus palabras sean estériles y no borren el misterio que la rodea.

Sin la muerte la vida del hombre no sería la misma; la muerte la tensa, le da tono y ardor, pero la muerte no es una simple explicación de la vida, aunque su sin-sentido le devuelve un poco de sentido a la vida. Su presencia pone fin a la vida, pero alienta los fines de la vida, aunque ya no haya más camino por andar ni futuro por vivir. La muerte permite que se honre la plenitud, la intensidad y el sabor de la vida con todos sus atributos. Exalta el hecho de haber vivido y, al mismo tiempo, despierta las facultades adormecidas





por la inercia de la cotidiana trivialidad. Ella nos dice: ¡hasta aquí se ha llegado! Es la aniquilación simple y llana del sujeto, destruye al ser vivo por completo, pero no aniquila el hecho de haber vivido. La finitud le da valor al tiempo de vida y determina la vitalidad de la vida. No puede anular con su decreto que lo que ha existido no haya existido nunca. He aquí el milagro: no borra el acontecimiento único e irrepetible de una existencia vivida. Consagra con su presencia la simple eternidad de lo efímero, el brillo de una vida inimitable que ha transcurrido en el inmenso tiempo de la Nada.

Cuando la muerte hace su aparición se interrumpe la lógica de la vida, se detiene su tiempo. Así lo apunta Vladimir Jankélévitch en su pródigo ensayo *La muerte*:

La muerte no es lo contrario de la vida... la muerte es el tránsito a un orden distinto. No basta con invertir las cualidades positivas de la vida para obtener las de la muerte... la muerte no es una no-vida.

Dar a la muerte el carácter de simple negación de la vida, y decir que ella es la no-vida, es despojarla de toda su singularidad. La muerte hace algo más que negar la vida, algo más que contradecirla, la mata. Por eso vivir y morir no son términos del mismo universo, se excluyen recíprocamente y por definición nunca se dan juntos. Allí se halla el lúgubre lamento de Hamlet, protagonista de una tragedia que habla de ese instante irrevocable de la muerte, de esa ínfima intersección de dos contradictorios: el ser y el no ser; de esa proximidad de la vida y la muerte, al mismo tiempo, tan cerca y tan lejos una de otra.

En esta línea de pensamiento se precipita una conclusión: la muerte nunca se inscribe en ese marco donde opera la negación freudiana que, como ya se sabe, exige siempre el apoyo de una marca simbólica, de una afirmación psíquica. La muerte se halla en ese otro territorio diferente a la vida, en un espacio topológico donde no hay trazo alguno que dé cuenta de su presencia, allí solo existe la negación absoluta y radical.

La práctica psicoanalítica nos ha enseñado a tratar esa

negación freudiana que lleva en su interior la afirmación de un deseo.

... constantemente nuestros impulsos suprimen a todos aquellos que estorban nuestro camino, nos han ofendido o nos han perjudicado... en nuestro inconsciente, (se debe reconocer) habita un violento deseo de muerte. Nuestro inconsciente asesina, en efecto, incluso por pequeñeces.

Para nada he deseado la muerte de mi padre, confiesa la joven en la sesión, esa nada de la que habla es la afirmación de un deseo de muerte hacia su padre, y no la nada absoluta de la muerte donde ya no hay ninguna existencia posible de deseo. Existe un corte tajante entre la afirmación vital y la negación mortal. La muerte habita en las afueras de la vida y en la periferia de lo simbólico.

**... la conciencia de morir ni prepara ni adiestra al sujeto para la muerte, no lo inmuniza contra la propia muerte, la conciencia solo sabe sobrevivir con la muerte en los talones.**

La muerte es la vía regia por donde transita el sujeto hacia la aniquilación definitiva, hacia la irreversible desaparición de su existencia y de sus lazos con el mundo. Cuando la muerte real se asienta desaparece por destrucción el sujeto del inconsciente, y al contrario, cuando el sujeto existe se vive en toda su plenitud las inclemencias del deseo inconsciente y la vida pulsional. Por otra parte, para la conciencia del sujeto vivo allí donde soy, y donde soy, la muerte no está y, por el contrario, donde la muerte está, yo ya no soy. Muerte y conciencia se repelen y excluyen mutuamente. Además, la conciencia de morir ni prepara ni adiestra al sujeto para la muerte, no lo inmuniza contra la propia muerte, la conciencia solo sabe sobrevivir con la muerte en los talones.

La muerte descompone la naturaleza de la contradicción lógica de la vida, y su presencia como pura ausencia, sin trazo psíquico alguno es, desde este





punto de vista, siempre antinatural cualquiera sea la causa natural que la provoque, incluida la propia mano del individuo.

Mi muerte —dirá Jean Améry en su ensayo sobre la muerte voluntaria— está más allá de la lógica y el pensamiento habitual... Pensar sobre ella es insoportable.

Por eso se niega, se desplaza su acontecimiento a un futuro indeterminado, siempre postergado. El yo trata de escamotear a la muerte con mil artimañas. Habla de ella de forma abstracta, dice prepararse para acogerla, pero la retrasa en el tiempo. Además, cómo prepararse a algo que siempre nos toma por sorpresa y del que nadie tiene la menor idea. En el morir no hay aprendizaje posible, no hay perfeccionamiento, no hay ensayo, se muere una sola vez y para siempre. Para el que muere, la muerte propia no tiene precedente. No se puede vivir la muerte sin morir en ese instante. La muerte, por lo tanto, no es una verdad diáfana, sino un destino opaco.

El Yo individual levanta un muro protector contra ella, ya lo hemos dicho, ofrece su inquebrantable resistencia a través del narcisismo con su carga erótica replegada sobre sí mismo. Uno se defiende de la muerte propia pensando que es algo que le acontece a los demás. Sin embargo, cuando al ser humano le ha llegado la desgracia profunda e intolerable, comienza a tomar en serio la muerte. Deja de tener un saber abstracto y se enfrenta a un acontecimiento efectivo. Deja de ser una posibilidad incierta, un acontecimiento opaco y lejano, para tornarse en una evidencia, en un dato inmediato. Deja de ser un eventual hecho futuro y general, para convertirse en una cuestión personal que atañe a su existencia.

En algún momento, más pronto o más tarde —lo comentará Jean Améry en su texto— todo el mundo se enfrenta a lo que la gente llama suicidio.

Algunos seres humanos no desean doblegarse a la ley de la naturaleza que les impone el deber de vivir hasta ese punto final donde la vida se agota. Buscan romper con esa carga que les llega desde la sociedad

y les obliga a sostener una vida desgarrada. Rechazan ese bien supremo y alzan su voz irreverente para gritar muy fuerte su deseo de saltar hacia la nada. Muchos suicidas en verdad saltan al vacío, y al decir esto no hago uso de una metáfora, solo expreso el espanto de lo real que provoca esa puesta en acto. Sí, espanto, sin lugar a duda, frente al cual los médicos, psicólogos y psiquiatras, se protegen del horror de la muerte no natural, recurriendo al diagnóstico de locura. ¿Por qué considerar enfermiza la actitud de un sujeto que desea morir y no puede ya sostener ni soportar la vida?

Quizás, al considerar de un modo absoluto al suicidio bajo la óptica del trastorno psíquico se intente, siempre bajo una forma fallida, darle al acto un contenido, un sentido comprensible, que despeje su carácter enigmático. Es entonces cuando se dice con la tranquilidad que da el engañoso saber que el suicidio siempre tiene un motivo, una razón, una causa inteligible que puede explicarlo. Así es, con toda seguridad, para la medicina, la psiquiatría y la psicología. Para estas disciplinas, si la muerte del suicida tiene una etiología, puede plantearse entonces la posibilidad de una prevención o curación de la enfermedad para evitar un desenlace tan poco natural.

En *INFOCOP* (revista del Colegio de Psicólogos), aparece en portada: «El suicidio un problema silenciado». Basta leer las primeras palabras del artículo para conocer cuál es la perspectiva de los autores. Dice así:

El suicidio es un grave problema de salud pública...

Más o menos como lo pueden ser, podemos agregar nosotros, los accidentes de tránsito o laborales, donde es necesario ante la gravedad del problema llevar a cabo, y aquí continúa el texto,

... la prevención del suicidio como prioridad sanitaria... en aras de desarrollar un Plan Nacional de Prevención contra el Suicidio.

El agregado mío no está fuera del contexto del trabajo porque más adelante se dice, según





... las cifras del Instituto Nacional de Estadísticas correspondiente a 2016... el suicidio sigue manteniéndose como la principal causa externa de muerte, ... siendo la primera causa entre los hombres (seguida de las caídas accidentales y los accidentes de tránsito), y la tercera entre las mujeres (por detrás de las caídas accidentales y del ahogamiento, sumersión y sofocación).

Parece ser que todo se reduce a una mera cuestión epidemiológica que eleva al suicidio a la categoría de enfermedad infecciosa que debe combatirse para que no se propague en la población.

Los factores de riesgo señalados en el artículo son tantos y tan variados que cubren un abanico de supuestas patologías: la ideación suicida, las autolesiones, el abuso de sustancias, las experiencias adversas en la infancia, los problemas socioeconómicos y todos los trastornos psiquiátricos vigentes en nuestra época. El suicidio no escapa a la tendencia generalizada de crear patologías alrededor de la vida.

### **El suicidio es una cuestión seria que compromete de lleno al sujeto y no puede reducirse a meras banalidades psicológicas y psiquiátricas.**

Late en el artículo de la revista del Colegio de Psicólogos aún los efectos de la obra de Emile Durkheim:

el suicidio no es un acto moral irremediable, sino un hecho social, sus causas como la tasa de nacimiento se pueden objetivar y analizar racionalmente.

La muerte por suicidio es considerada por Durkheim como un producto de la enfermedad social. Las estadísticas y las historias clínicas que no dicen nada, y sepultan con informes inútiles el valor del suicidio como acto de libertad individual y liberación, consideran a la muerte voluntaria como un simple epifenómeno sintomático cuyas causas se hallan en la sociedad. En resumen, la muerte voluntaria es un acto mórbido, un fenómeno de interés social y estadístico que el poder sanitario debe prevenir para evitar su propagación.

El suicidio, digámoslo en voz alta, es una cuestión seria que compromete de lleno al sujeto y no puede reducirse a meras banalidades psicológicas y psiquiátricas. Su razón las trasciende. Lo serio es lo irreversible e irrevocable del acto, una decisión que no tiene vuelta atrás; una decisión que significa no solo la renuncia a la antigua vida, sino el abandono definitivo del ser, aceptando con responsabilidad las consecuencias irreparables que ello entraña.

El suicidio no es una simple cuestión de motivos o de circunstancias, es por sobre todas las cosas un profundo problema ético de difícil resolución, de fronteras lábiles y tenues donde se pone en juego para el ser humano el derecho a vivir o a morir voluntariamente.

El hombre moderno se halla frente a un dilema: ¿la vida merece o no la pena de ser vivida, dada su insensatez y la ausencia de una profunda razón para vivir? Quizá sea «preciso saber si se puede vivir o la lógica ordena morir» en un mundo donde se despliegan todas las artimañas para sustraer de la realidad la existencia misma del sujeto. Algunos aceptan este desafío, combaten con las armas de su conciencia lúcida y desgarrada y se enfrentan con una rebeldía sin futuro a la oscuridad de la vida; otros, con sus creencias y sus escalas de valores, abandonan simplemente la lucha y se resignan a vivir mejor una vida de ilusiones; pero hay otros que no aceptan como salida la resignación, no saben o no pueden comprometer su vida a una perpetua oposición y consideran la rendición una alternativa vergonzante; a estos últimos les queda, a veces, el camino del suicidio si desean de verdad dejar atrás una comodidad moral que rechazan y prefieren dar el salto para no quedar encadenados a la cobardía. Quizá para ellos el suicidio es la última protesta, el grito final de una existencia que se desmorona.

No trato aquí de hacer un elogio del suicidio, ni pretendo estimular o propagar este acto entre los ciudadanos de una sociedad, no lo sacralizo, ni lo idealizo, simplemente trato de plantear un problema bastante extendido cuando se sanciona de patológica una decisión que será, con toda seguridad, trágica y dolorosa para el propio individuo y su entorno. Se necesita un valor extremo para enfrentar de cara a la





muerte y muchos, ya se sabe, retroceden cuando llegan a ese punto sin retorno. Terminar con la vida exige también determinación.

Si abandonamos la idea peregrina de considerar a la muerte voluntaria como un excremento social se debe plantear entonces el vínculo íntimo que la anuda a la historia individual. Lo recuerda Albert Camus en su ensayo, *El mito de Sísifo*:

Un gesto como ese se prepara en el silencio del corazón, lo mismo que una gran obra. El mismo hombre lo ignora. Y una noche, dispara o se arroja al vacío.

**... todo individuo tiene el derecho supremo de ejercer con total soberanía su voluntad sobre su cuerpo, su vida y su propia muerte.**

Si se desea capturar, aunque sea de un modo ínfimo y limitado el valor enigmático de un acto absolutamente individual, será necesario sobrepasar la conciencia de la obra, y dirigir los pasos hacia los oscuros meandros de la vida psíquica inconsciente.

La muerte no es un mal como tampoco es un mal desearla. ¿Es legítimo desear la propia muerte? ¿Será un mal apresurar lo que se desea legítimamente?

El suicida, si lleva adelante o no el acto de terminar con su vida, pertenece a una minoría como tantas otras de nuestra sociedad. Todos los ciudadanos tienen la obligación de respetar los derechos de cada uno de los miembros de la comunidad a vivir libremente de acuerdo con su conciencia sin ser segregados o perseguidos por sus ideas o por su condición sexual, de religión o de origen. Del mismo modo, todo individuo tiene el derecho supremo de ejercer con total soberanía su voluntad sobre su cuerpo, su vida y su propia muerte. El fracaso continuo en la vida o la vida misma como un fracaso sin sentido alguno, la vergüenza o el honor mancillado, la venganza y el amor no correspondido, el

odio o el dolor y la tristeza por lo perdido, son pasiones que empujan hacia el deseo de muerte, y a veces motivos más que suficientes para morir, aunque ninguna de ellas agote el misterio del suicidio como aquellos casos de suicidio desinteresado y lícito. Por supuesto hay suicidas que padecen trastornos patológicos y su acto es una derivación de ellos, pero no todos llegan al suicidio por estas causas. No se debe deshonrar el suicidio con el signo de la vergüenza que aún en nuestro tiempo de modernidad tiene la enfermedad mental; y menos aún descalificarlo cuando el suicidio representa una de las máximas expresiones de la voluntad soberana de cada individuo para decidir sobre su propia vida. Agregarle al suicidio la sospechosa carga de la enfermedad mental es un intento de rechazar el derecho inalienable de todo sujeto a la libertad individual, y se podría llegar hasta el absurdo de considerar al suicidio como la muerte natural de los locos.

El afán terapéutico ha hecho del suicida un enfermo que necesita rehabilitación y tratamiento. Parece que solo hay suicidio enfermo. Qué lejos nos encontramos de aquellas palabras de Séneca dirigidas a Lucilio:

Débil y cobarde es el que muere porque sufre: necio el que vive para sufrir.

Sin ir tan atrás en la historia vayamos al encuentro de Michel Foucault y a ese territorio del biopoder. Un profundo cambio se produce a partir del siglo XIX en los dispositivos de yugo y opresión dispuestos a favor de la vida, cuando antes lo venían haciendo como instrumentos decisorios de la muerte. El viejo derecho de soberanía consistía en hacer morir o dejar vivir, mientras que el nuevo es hacer vivir o dejar morir. Antes, el poder se reconocía por su capacidad para quitar la vida; ahora, lo que prima es hacer vivir todo lo que se pueda. Nadie, hablando con propiedad es absoluto dueño de su vida, no tenemos el absoluto *dominium* sobre ella, pero tenemos el *usum* de nuestra vida y es totalmente lícito renunciar a su uso cuando así lo deseamos. El Estado, aunque lo pretenda, con el poder que emana de él no es más dueño de nuestras vidas que nosotros mismos.





¿Acaso el racismo no se forja en la frontera que separa lo que puede morir y lo que debe vivir, o las matanzas no son la defensa dogmática de un grupo cuya existencia hay que mantener viva a toda costa? Las condenas al aborto, el suicidio o la eutanasia, se justifican por el poder irracional que defiende el principio de vida a cualquier precio. Foucault no dejará de señalar las técnicas utilizadas para maximizar la vida, lo que significa en el caso particular del suicidio su condena terapéutica.

### **La noción de pulsión de muerte vive siempre silenciosa en todos los sujetos en proporciones e intensidades diversas.**

Apelar a la sola pulsión de muerte es, desde mi punto de vista, una condición necesaria, pero no suficiente en algunos casos, para desentrañar por qué el suicidio es un fin deseado y realizado por algunos seres. La noción de pulsión de muerte vive siempre silenciosa en todos los sujetos en proporciones e intensidades diversas. He aquí la gran paradoja de la vida teñida siempre por la bilis negra de la muerte. Sin embargo, su sola presencia no da cuenta muchas veces del gran enigma de la muerte voluntaria. Hay algo que sin anular traspasa a la pulsión de muerte colocando el acto en la dimensión del deseo. Hablo del lenguaje simbólico del inconsciente, del deseo de morir.

La muerte puede ser convocada cuando a veces se pierde el amor a la vida, no solo por la acción de la pulsión de muerte, sino porque el sujeto, simplemente, ya no puede vivir de acuerdo con su deseo, y esta fractura hace insostenible la propia existencia del sujeto. O bien, porque el propio deseo lo ha empujado a esos bordes donde el ser puede precipitarse al vacío, porque se ha acercado demasiado a ese punto donde se halla el ombligo que lo une al no-ser, muy cerca del sentimiento real de la nada.

La presencia de la pulsión de muerte no puede ser un argumento último y suficiente para defender o condenar el suicidio como un acto natural o antinatural. Más allá

o más acá de la pulsión vive el deseo, y su naturaleza, como ya se sabe, pertenece a otro orden. Como ven el enigma del suicidio aún permanece abierto.

Muchos seres, en su intento de liberarse de la penosa obligación de permanecer atados a la vida, deben luchar contra la palabra de Dios en un duro y desigual combate. Esta lucha interior no solo se circunscribe a ellos individualmente, también afecta a la medicina y la jurisprudencia. Si la vida es un don que otorga la fuerza divina el ejercicio de algunos médicos y juristas chocará, sin duda, con un escollo ético que entorpece su práctica: los cánones de la religión. Aquellos que apoyen o legitimen el acto de cualquier individuo a quitarse la vida, o interrumpirla si así lo desea, en plena conciencia de su libertad, se enfrentarán casi con seguridad a la acusación de complicidad en un acto pecaminoso que conlleva el ultraje a la palabra de Dios.

Cuando el ser humano ha perdido la fuerza y el deseo de vivir y solo quiere abismarse en la muerte debe vencer también la voluntad impuesta por Dios. Dicho de otro modo, la vida es un deber ante Dios que no acepta renuncias, invocar a la muerte voluntaria ya sea solitaria o asistida, significa la caída irremediable de Dios. La libertad individual y el derecho a la muerte se hallan en clara oposición, según la doctrina de la Iglesia, al deber que tiene todo individuo de respetar la vida concedida por Dios. En palabras de san Agustín la vida es un don de Dios, rechazarla es rechazarlo a Él, matar su imagen es matarlo a Él. Por eso, *Levantar la mano sobre uno mismo*, título del sabio ensayo sobre la muerte suicida de Jean Améry, es para la Iglesia levantarla contra Dios, un acto de repudio a la vida, un acto de pecado mortal. No tienes que matarte a ti mismo, dirá con la fuerza de la palabra san Agustín, y con idéntica seriedad, concluirá su exhorto:

Afirmamos, declaramos y aseguramos de todas las maneras que no estará permitido a ningún hombre matarse ni para escapar a preocupaciones temporales, ni para evitar otras ocasiones de pecar, ni para castigar nuestros propios pecados pasados, ni para impedir los futuros, ni por un deseo de más allá.





La condena de la Iglesia se vio reforzada por la vigencia del discurso y las enseñanzas de uno de los mayores filósofos de la Antigüedad griega. El castigo del suicidio como un acto cobarde encuentra una de sus raíces en las ideas de Platón desarrolladas en *Las Leyes*. Allí dice:

En cuanto aquel que mata lo que hay de más íntimo y lo que se considera como más querido, según se dice, ¿qué pena debe sufrir? Me refiero al hombre que se da muerte a sí mismo, que se despoja violentamente de la parte de la vida que le ha dado el destino, sin que la ciudad le haya obligado a ello por medio de una decisión de la justicia, sin que le haya forzado a ello, cerniéndose sobre él el dolor excesivo de una desgracia sin salida, sin que la suerte le haya impuesto una vergüenza o una ignominia que le hagan imposible la vida; el hombre que, simplemente por debilidad, por cobardía y por absoluta falta de virilidad, se impone a sí mismo un castigo injusto...

Desde luego, a los que mueren de esta manera han de ser inhumados en lugar aislado, sin que tengan en su vecindad ninguna tumba, y además de esto, deben estar ellas situadas en los lugares desiertos y que no tienen nombre, en los extremos de los doce distritos; serán sepultados allí sin ningún honor, sin estelas ni nombres que designen sus tumbas.

Ya lo saben, allí donde no llega la ley lo hará la religión.

La llegada del cristianismo borró los restos de gloria alcanzada por el suicidio en el mundo clásico de los estoicos. Se cerró el camino del suicidio como una alternativa decente y razonable, y el acto que significaba para Séneca «no una huida de la vida, sino un saber salir de ella» se convirtió en un pecado mortal.

La idea del suicidio se incorpora como pecado en la doctrina cristiana muy tardíamente a partir del siglo VI a través del quinto mandamiento: no matarás. El suicida se transformaba de este modo en un asesino de sí, en un homicida.

Será en el mundo cristiano, en el Concilio de Orleans, en el año 533, cuando se le nieguen los ritos funerarios a

los que se maten después de ser acusados por un delito. En el año 562, en el Concilio de Braga, se extiende este castigo a todos los suicidas. Y en el Concilio de Toledo, en el año 693, se le cierran todas las puertas de redención y se les condena a la excomunión.

A partir de allí la historia del suicidio en Europa es una historia de atrocidades. En Inglaterra se trata al suicida como al peor de los criminales, se condena su intento con una ejecución pública, y se coloca sobre la cara del cadáver una piedra para que no pueda levantarse y acosar a los vivos. En Francia el cadáver era colgado por los pies, arrastrado por las calles y, finalmente, quemado y arrojado al basurero.

El *felo de se* [delincuente de sí mismo] era un crimen castigado con la pérdida de los bienes y el entierro vergonzoso, y tenía también el fin de alejar a los vivos de cualquier tentación de este tipo.

Frente a tantos castigos y repudios morales soportados por el suicida es imprescindible recordar aquí la figura de ese gran poeta del siglo XVII, John Donne (1572-1631), que le dedicó al asesinato propio, una defensa brillante en el ensayo *Biathanatos*. Algo más joven que Shakespeare, y coetáneo de Robert Burton, fue un ejemplo de hombre melancólico en el sentido aristotélico del término, un ser genial teñido por la bilis negra. Su obra, entre el testimonio autobiográfico y el debate teológico contra los argumentos cristianos, puede ser considerada como una nota de suicidio siempre lista para su uso. Finalizada en el año 1608, se dará a conocer dieciséis años después de su muerte, en 1647, por expreso deseo suyo. En una carta escribía:

No lo publicuéis, mas no lo queméis; entre ambas cosas haced con él vuestra voluntad.

*Biathanatos*, la contracción de Biaios Thanatos, cuyo significado es «morir de forma violenta», es un texto de alto valor literario y moral, porque el propio Donne convivirá, como el mismo lo declara, con la idea del suicidio, y por ser un escrito que proviene de un poeta clérigo que será deán de la Catedral londinense de St. Paul.





*Biathanatos*, verdadera anatomía del suicidio, se abre con una interrogación: ¿por qué este hecho ha de ser condenado? Los argumentos y la dialéctica de Donne tratan de demostrar que el suicidio no es un acto que se alce contra la ley de la naturaleza, ni contra la razón, ni contra la ley de Dios.

Para Donne, la idea de naturaleza es tan amplia y ambigua que todo o casi todo podría ser considerado un pecado *contra natura*, y si además se sostiene que la ley cristiana y la ley de la naturaleza es una misma, todo acto que no esté de acuerdo con la religión es al mismo tiempo un pecado *contra natura*. Y si la ley de la naturaleza es la ley de la naturaleza racional, la naturaleza sensible, la ley de la carne, opuesta a la ley del espíritu será también un pecado.

Al contrario de los estoicos, el suicidio es una cuestión de sentimientos, y no una elección del juicio.

Dirá en *Biathanatos*:

... (lo) que evita a este acto ser contrario a la ley natural, es que en todas las épocas, en todas partes y en todas ocasiones, ha afectado a hombres de todas las condiciones que se han visto empujados a realizarlo». Y «puesto que la ley de la conservación de sí mismo se realiza cuando conseguimos lo que nos habíamos propuesto y cuando alcanzamos lo que es bueno para nosotros —continúa Donne— ... si en este homicidio de mí mismo me propongo un mayor bien, aunque me equivoque, no veo en qué transgredo la ley natural general...

El pensamiento de Donne no se aleja demasiado de las ideas de Montaigne, nacido medio siglo antes y maestro de Francis Bacon. Dejo como testimonio el Capítulo Tercero, del Libro Segundo de las *Meditaciones*, con el título, *Costumbre de la isla de Ceos*. Allí se dice, siguiendo el pensamiento de Séneca:

... el don más favorable que nos ha otorgado la naturaleza, y que nos priva de toda posibilidad de lamentar nuestra condición, es habernos dejado la llave de la libertad. No ha prescrito más que una entrada a

la vida, y cien mil salidas. [...] ¿por qué te quejas de este mundo? No te tiene sujeto: si vives afligido, la causa es tu cobardía; para morir basta con quererlo. [...] Tanto da que el hombre se procure su propio fin o lo sufra; que se anticipe a su hora o la espere. Venga de donde venga es siempre la suya; se rompa donde se rompa el hilo, está entero, ese es el extremo del ovillo. La muerte más voluntaria es la más hermosa. La vida depende de la voluntad ajena; la muerte, de la nuestra.

Así nos habla Montaigne.

Volvamos ahora a ese quinto mandamiento, que adquiere una importancia relevante dada la dirección que toma nuestro relato. Preguntémonos por qué su enunciado cae como castigo sobre el suicida, si en principio él no es ningún asesino, no ha matado a nadie, no mata a otro, solo se mata a sí mismo. La violencia dirigida hacia el otro y el suicidio son actos radicalmente diferentes. El suicidio, asesinato de uno mismo, no es un acto simétrico al asesinato del otro. El asesinato del prójimo es la reafirmación más extrema de la propia vida, levantar la mano sobre sí mismo es un acontecimiento de un orden diferente.

El asesino es asesino, y el crimen es un crimen. El suicida comete un supuesto acto criminal sobre sí y no sobre otro, pero su sentido parece ser el mismo, en tanto su acto viola el quinto mandamiento e injuria con él al Dios que le ha dado la vida. En el suicidio, digámoslo con firmeza, se trata de un ser humano cuyo derecho a su propia vida y a su propia muerte está fuera de toda cuestión. El suicida se pertenece a sí mismo, muere su muerte solo, como lo estaría en una muerte natural.

Extrañas figuras se representan en el espejo simbólico del mandamiento en donde el suicida se mira. Por un lado, el suicida ve en el espejo la imagen del asesino que lo mató y, por el otro, atisba en ese espejo el brillo reflejo de la muerte en su propio rostro. El espejo le devuelve al suicida su propia imagen invertida, el asesino que terminó con su vida y el muerto que lo mira petrificado por la angustia sufrida en ese último instante antes de morir. Dobleces del campo imaginario en una profunda





relación narcisista, ataduras de lo pulsional y efectos fuertemente simbólicos de un acto real ejecutado por la mano del asesino-suicida. Ahora se trata de discernir, dentro de lo posible, si el lugar y la posición del asesino es la misma o diferente de aquél o aquello que muere, en este juego de proyecciones e introyecciones del acto suicida; es decir, de esclarecer si hay un escenario del crimen ejecutado por un asesino que mata a su víctima, o bien, se trata sencillamente de otra cosa muy distinta que acontece en un escenario más allá del campo imaginario, en el tiempo del irreparable instante donde el no-ser mortal aniquila al ser.

Si hoy es posible hablar de este modo y hacernos estas preguntas se debe, entre otros factores, a la debilidad relativa del poder de la religión que deja un espacio de libertad al hombre. Sin la asfixiante presencia de Dios la muerte, simplemente, es el breve final de la absurda insignificancia de la vida. Cuando sucede el sujeto se enfrentará al desamparo total, transitará en soledad en esa región violenta entre lo tolerable y lo intolerable, entre oscuridades y tinieblas donde las palabras no llegan a horadar el vacío.

**... no se puede tratar la muerte voluntaria si no se conduce la reflexión teórica hacia el tejido mismo de la estructuración subjetiva.**

Los desarrollos de las teorías psicoanalíticas tratan, como iremos viendo en nuestros próximos pasos, de iluminar la profunda ambigüedad que rodean los motivos del acto suicida. Sin embargo, todas ellas apuntan en una dirección inequívoca, no se puede tratar la muerte voluntaria si no se conduce la reflexión teórica hacia el tejido mismo de la estructuración subjetiva. Dicho de otro modo, el acto suicida está arraigado en la construcción misma del sujeto, en sus mecanismos íntimos, más allá de toda desviación patógena. El suicidio no siempre debe ser considerado como un fruto patológico, y la sola presencia de esta hipótesis exige de todos una gran prudencia en el tratamiento de la muerte voluntaria.

Desde la perspectiva freudiana, lo que es bueno bajo el dominio del *Lust Ich*, del Yo del placer, se incorpora, penetra en el aparato psíquico, y lo que es malo se expulsa al exterior, se destierra de la vida psíquica. Freud, en este movimiento de ida y retorno, diferencia el registro de lo que ha sido interiorizado en el sujeto, de aquello que es proyectado hacia fuera, hacia el mundo exterior. Lo que ingresa se inscribe en el aparato, deja un trazo, se afirma, lo que se expulsa, se pierde sin dejar ninguna marca. ¿Por qué traigo esta breve referencia extraída del artículo de *La negación* de Freud? Simplemente, porque me sirve de introducción a la compleja intersección de proyecciones, introyecciones e identificaciones que Melanie Klein pone en juego, dentro de su modo particular de pensar el psicoanálisis, cuando habla del suicidio en su artículo *Contribución a la psicogénesis de los estados maniacos-depresivos*.

Allí nos dice que se aproxima al tema para lograr una

... mejor comprensión de la todavía enigmática reacción del suicida.

Aunque no lo nombra late detrás de su escrito la letra de *Duelo y melancolía* de Freud, si bien con perspectivas diferentes de las que me ocuparé más adelante.

La afirmación de Melanie Klein es contundente y concisa:

... el suicidio se dirige contra el objeto introyectado... al cometer un suicidio el yo intenta matar sus objetos malos.

De un lado, el yo del suicida y del otro los objetos malos.

El suicidio se dirige —dirá Melanie Klein— a salvar los objetos buenos internalizados y esa parte del Yo que está identificada con los objetos buenos, y a destruir también la otra parte del Yo que está identificada con los objetos malos y con el ello. Al mismo tiempo se satisface el odio contra el objeto por medio del exterminio de los objetos internos. Una satisfacción





más, que está en el fondo de la fantasía de suicidio, es la unión pacífica del Yo con sus objetos amados.

Esta ola destructiva se acrecienta muchas veces con la culpa provocada por el daño cometido a los objetos amados.

Hay en el espíritu del suicida una lucha entre los instintos de vida y muerte; un combate moral entre el bien y el mal, entre el odio y el amor, entre sus impulsos destructivos, sádicos y vengativos, y su compasión por los objetos buenos internos y externos. El deseo no es otro que «establecer una reparación» y «liberar al objeto real bueno...»

La ansiedad primordial del sujeto proviene de la continua amenaza de ser aniquilado por el instinto de muerte. Es el Yo al servicio del instinto de vida el que hasta cierto punto desvía esa amenaza hacia el exterior. Pero si el lado oscuro del Yo lleva a cabo su destructividad, se pone en peligro la integración del Yo y se acrecienta la carga tanática del ello que, con su bilis negra, envenena el mundo interior y exterior. El predominio de los objetos persecutorios refuerza la tendencia destructiva, y tanto la proyección como la introyección dominados por los impulsos sádicos provocan el temor a la pérdida de los objetos amados.

Los objetos representantes de la pulsión son identificables y tienen nombre y apellido en Melanie Klein: el pecho bueno o malo de la madre, el pene destructivo del padre habitando en el cuerpo de la madre, la orina y los excrementos del niño. He aquí algunos de los actores de este drama desarrollado en los primeros meses de vida que marcarán, de algún modo, el destino de la persona.

Proyección – introyección – escisión – separación – negación – identificación, son los mecanismos puestos en juego para dar cuenta de la estructura sísmica de fallos y suturas que condicionan los sentimientos de destrucción del sujeto. Con estos ingredientes se intuye en el horizonte la casi segura catástrofe de la vida si se impone la fragmentación subjetiva, dejando al descubierto esa nada, ese obstinado hueco imposible de eludir o eliminar.

Cuando esa amenaza destructiva se convierte en una verdadera destrucción masiva ejecutada por la mano del suicida, a veces, la decisión voluntaria y solitaria deja caer en manos de sus allegados un resto, un escrito supuestamente revelador, pero que no deja de ser un mensaje vacío. El suicida se lleva siempre su secreto a la tumba y deja abierto el enigma de su acto.

El instante previo al acto es con seguridad un anclaje en lo real, una prueba angustiosa y solitaria. Al intentar su ejecución el sujeto debe pasar obligatoriamente por el umbral de la angustia en este viaje sin retorno. Si bien hay razones diferentes para suicidarse en cada individuo y en cada momento de la vida de un sujeto, no hay una razón universal que abarque su sentido. Hay que atravesar el instante para dejar el paso a la muerte. Así lo evoca Jankélévitch:

... el valor es necesario en el umbral de la nada, para afrontar la liminaridad del instante. Hace falta paciencia para sufrir y valor para morir.

El inquietante momento del salto al vacío, de la vida a la muerte, del ser al no-ser, no es la transformación de un estado a otro, no es una transfiguración de una forma a otra. No hay continuidad entre la vida y la muerte, solo disyunción. Es una absoluta discontinuidad irreversible muy distinta a ciertos fenómenos de la naturaleza cuando el húmedo vapor de la tierra se hace lluvia dejando un manto de nieve al helarse y transformarse otra vez, con el calor de la superficie terrestre, en agua.

En ese instante supremo cuando el suicida destruye la vida penetra en la oscura sombra del vacío sin vida. No es una simple amputación del ser, es la nihilización del ser. Es la aniquilación pura y dura que extingue la raíz del ser y lo hace para siempre, de una manera total y definitiva. Cuando el sujeto muere queda como testimonio de su paso por la tierra un residuo: los restos de su anterior cuerpo, ahora sin vida. Una vez muerto, lo que se ve no es un cuerpo, sino lo que queda del cuerpo, simplemente un cadáver, un desecho en descomposición, un cuerpo inerte.





He aquí la dramática paradoja por la que atraviesa la vida del sujeto suicida: para eliminar la amenaza de destrucción proveniente de la corriente sádica de los objetos malos internalizados, y frente a la imposibilidad de amputar la zona gangrenada, decide realizar una drástica intervención: aniquilar el ser matando su persona.

Dejemos atrás a Melanie Klein, y sigamos nuestro camino para aproximarnos a nuevas reflexiones sobre el enigma del suicidio, pero arrastrando en el andar el duro peso de no saber casi nada sobre el sentido de la vida y mucho menos aún sobre el misterio de la muerte. De ese paso del sin sentido de la vida a la pura nada de la muerte, de ese salto mortal ejecutado con audacia por el suicida.

### ¿Sobre qué y quién levanta su mano el suicida en el momento de cometer el acto?

Al poco trecho de andar aparece una pregunta aparentemente ingenua, pero de gran calado para el desarrollo de nuestras ideas acerca del suicidio ¿sobre qué y quién levanta su mano el suicida en el momento de cometer el acto? No cabe ninguna duda que el daño mortal recaerá sobre el cuerpo. Matar la vida propia exige matar el propio cuerpo y operar así una transformación irreversible sobre él. El cuerpo animado por la palabra y las emociones se convierte entonces en un cuerpo inerte, y si me permiten decirlo de otra forma, en un cuerpo sin alma, en un cadáver, sinónimo del cuerpo sin vida.

Frente al horror del morir las derivas dualistas oponen el antídoto de la aniquilación parcial del ser: el alma inmortal es preservada de la muerte y el cuerpo es abandonado a su destino mortal. En estas construcciones las almas se hallan encerradas en las jaulas del cuerpo, aprisionadas entre sus paredes de osamenta y serán rescatadas cuando la muerte se deshaga del compuesto impuro, la carne, y libere de su peso los 21 gramos de esencia. No perseguiremos el recorrido de los mitos de transmigración y de reencarnación porque no son nuestro tema, y porque todos ellos pretenden

«despojar a la muerte de su significación de término de la existencia». Vamos a dejar a las almas desdichadas errar en pena, convertidas en espectros o fantasmas, buscando otro hogar donde anidar, mientras nosotros seguimos hablando del cuerpo del suicida.

Dije antes qué y quién, y solo mencioné al cuerpo, ahora debo agregar al Yo. Son uno mismo y son distintos. La relación del cuerpo y el Yo es quizá una compleja e insondable intersección en la construcción subjetiva. El Yo tiene una relación con la imagen del cuerpo, con su volumen y espesor sensible a la mirada, pero algo se esconde detrás de esa superficie, algo que en la vida cotidiana, por lo general, pasa desapercibido para la conciencia, el cuerpo real. Somos nuestro cuerpo y no lo poseemos. Dicho de otro modo, el cuerpo está encerrado en un Yo que a su vez está fuera, en otro lugar. El Yo es un envoltorio libidinal protector y adquiere en el psiquismo el valor imaginario de ser inmortal. Ya lo hemos dicho antes, y vale recordarlo ahora, el narcisismo es una barrera de resistencia frente al destino mortal del cuerpo, derribar esa fortaleza significa darle a la pulsión de muerte el libre derecho de circulación.

Es evidente, que el suicida tiene una relación especial y particular con el Yo y el cuerpo. Solo basta referirse a la dramática relación en la anorexia, en sus formas más graves, con la imagen de un cuerpo que no representa para el sujeto una perfecta *Gestalt* de bella proporción aurea, lo que deriva en un continuo maltrato sobre el cuerpo real a través de cortes, ayunos y lavativas.

Me refiero a esa distancia inconmensurable de ser un cuerpo, el propio, que escapa a todo dominio y control hasta convertirse en una insoportable y pesada carga para el Yo. Acaso no ocurre lo mismo, pero de otra manera, cuando el envejecimiento gana cada vez más terreno imponiendo la carga de la pesadez propia de los años, con el progresivo desgaste de las funciones orgánicas, agravados casi siempre por los trastornos provocados por las enfermedades. Señales irrevocables de que el cuerpo ha dejado de ser un fiel servidor para transformarse muchas veces en un obstáculo insoportable para la vida. Cuando el cuerpo en todas





las situaciones extremas y delicadas deja de ser un mediador con el mundo, el Yo solo desea pasar por alto su presencia ahora sentida como un escollo insalvable. Será sobre este infame cuerpo negado por el Yo, ajeno y propio a la vez, sobre el cual se alzar  la mano del suicida, para acallararlo para siempre, para que nunca más pueda hablar, y para que nadie pueda oír ya su voz. Simplemente hay que dejarlo caer en el vacío para desprenderse de la pesada carga de la vida.

El suicida cumple con su destino no sin angustia y terror ante la ca da al abismo.

El Yo —escribe Jean Améry— ha llegado al final de sí mismo. Ha negado al mundo y, al hacerlo, se ha negado a sí mismo: debe eliminarse y se siente ya como algo que ha sido, que se est  descomponiendo.

En ese instante definitivo el Yo tiene miedo, con seguridad su conciencia ya no se abre al mundo, se repliega en los recuerdos y de modo piadoso se ama a sí mismo. En ese último instante de vida y muerte parece que toda la tensión, hasta ese momento insoportable, del Ideal-Yo-Ideal se relajara, y por un momento el ser sintiera con un gran alivio como se disipa su odio mortal al cuerpo.

 Podemos considerar a la muerte voluntaria como un largo camino que ya estaba trazado desde el comienzo mismo de la vida? No lo puedo decir de este modo porque pienso que el trazo vital determina retroactivamente el comienzo. Justamente por esta razón he mostrado esta vertiente del suicidio fuertemente ligada a una espantosa crisis narcisista. Lo hago con la intención de resaltar esa continua lucha entre la puls n de vida y la puls n de muerte en la existencia de todo sujeto. Porque aquel que se decide por la muerte voluntaria inclina su cabeza hacia la tierra doblegado por el hastío y la melancolía bajo la fuerza de la puls n de muerte.

El Yo mantiene un fuerte ligamen con la puls n de muerte, y ha levantado su monumental figura, como un coloso, sobre el sepulcro de la muerte. Es, en sí mismo, un monumento consagrado a su triunfo

sobre la muerte. Una conmemoración que recuerda a todos la desafiante omnipotencia del Yo y la fuerza de su pensamiento mágico. Cuando el sujeto se adhiere y se apoya de un modo radical en su Yo y en su narcisismo, de algún modo se pliega también, aunque no lo sepa, a esa otra cara de esta moneda de uso corriente: la muerte. El Yo se presenta así ante el psiquismo como un heraldo de la muerte.

Retiremos ahora de la biblioteca un clásico de la literatura psicoanalítica para rendir un homenaje a su autor Otto Rank, y a su maravilloso texto titulado *El doble*. Abramos sus páginas y leamos algunas pocas líneas:

Aquí nos encontramos —escribe Otto Rank— con el importante tema del suicidio, punto en el cual toda una serie de personajes llegan a su fin mientras son perseguidos por sus dobles... esos personajes y sus creadores —en la medida en que intentaron suicidarse o lo hicieron (Raimund, Maupassant)— no temían la muerte; antes bien, les resultaba insoportable la expectativa del inevitable destino de la muerte. El pensamiento de la inminente destrucción del Yo... atormenta a estos infortunados... Así tenemos la extra na paradoja del suicida que busca la muerte de forma voluntaria, para liberarse de la intolerable tanatofobia.

Dicho de otro modo, el narcisismo amenazado por la destrucción del Yo trata por medio de la duplicación del Yo negar la idea de la muerte; la sombra o su imagen reflejada, le recordará permanentemente al sujeto aquello que ha querido negar, su propia muerte. He aquí la terrible paradoja, el Yo como símbolo de la unicidad del sujeto se constituye siendo el espejo de su doble, imagen que amenaza con destruir esa unidad.

El frecuente asesinato del doble —reitera Rank en el texto— por medio del cual el protagonista trata de protegerse en forma permanente de las persecuciones de su Yo, es en verdad un acto suicida.

Para escapar de la propia sombra que no es otro que el





otro de sí mismo, no le queda al suicida otra alternativa que hundirse él mismo en las sombras.

Este bellissimo texto de Otto Rank se inspiró en la película *El estudiante de Praga*, basada en un cuento de Hanns Heinz Ewers. Es la oscura y triste historia de un ambicioso joven atrapado en la miseria sin encontrar una salida honorable para su vida. Un encuentro con el diablo le devuelve la esperanza. Firmará un contrato que lo hará poderoso y rico a cambio de la entrega de su propia imagen. La imagen transformada ahora en su doble adquiere vida propia y se convierte en una sombra persecutoria. Acabar con el fantasma que lo acosa significa lisa y llanamente aniquilar su propia imagen. Matar al otro, al doble imaginario será, en definitiva, matarse a sí mismo.

### **No se trata tanto de la melancolía como entidad clínica desde donde se debe partir, sino más bien de la recuperación de una historia de la melancolía cuyos comienzos se confunden con los filósofos de la naturaleza en Grecia...**

El Yo instala su reinado en el psiquismo después de haber vencido a la muerte. Representante de la unidad del cuerpo y la psique, es también, por qué no decirlo, promesa de una vida eterna para el sujeto. Cada individuo hace de ese santuario propio una fortaleza y lucha a muerte para defenderla ante cualquier amenaza exterior. Los otros, sus semejantes, son los que pueden poner en peligro la unidad conseguida, es entonces cuando el combate imaginario es inevitable. Freud solía designar a estas escaramuzas con el nombre de «narcisismo de las pequeñas diferencias».

En otro flanco, aparece un inesperado enemigo interior que también se subleva contra el Yo, su propio doble, figura imaginaria que amenaza con el retorno de lo reprimido, la muerte. Otra vez el campo de batalla se incendia y la fortaleza narcisista teme ser derribada.

Acoso y derribo del sujeto por el empuje de la pulsión de muerte.

A este heraldo de la muerte se le suma ahora otro compañero en el viaje por el territorio del suicidio. Es una figura quijotesca, solitaria, que deambula por los caminos de Europa, atravesando distintas épocas de la humanidad con ropajes diferentes, desde la Antigüedad clásica hasta nuestros días. Entra en el escenario de la cultura en Grecia con los primeros filósofos de la naturaleza, es venerada por Aristóteles a través de su famosa tesis contenida en el *Problema XXX I*, su signo en la Edad Media cambia radicalmente y adquiere la forma de herejía y fuente de vicios. En el Renacimiento es un ejemplo en la creación y recreación de un mundo nuevo y se convierte en un tema formal del arte. En la modernidad, se naturaliza y pierde gran parte de su valor trágico para travestirse en una enfermedad psiquiátrica. Les hablo de la melancolía.

Algún día habrá que trazar una historia compartida de la melancolía y el suicidio, de ese lazo tan particular que une a los seres excepcionales por naturaleza con la muerte solitaria.

En las Contribuciones al *simposio sobre el suicidio* de 1910, Freud se pregunta

... cómo es posible que llegue a superarse la pulsión de vida, de intensidad tan extraordinaria... Acaso la respuesta a esta pregunta psicológica nos resultó inalcanzable porque no disponíamos de un buen acceso a ella. Creo que aquí solo es posible partir del estado de la melancolía, con el que la clínica nos ha familiarizado, y su comparación con el afecto del duelo.

No se trata tanto de la melancolía como entidad clínica desde donde se debe partir, sino más bien de la recuperación de una historia de la melancolía cuyos comienzos se confunden con los filósofos de la naturaleza en Grecia y que alcanza su mayor esplendor con el valor





dado por los antiguos a la bilis negra, tinte con el que se grava la *Melancolía I* de Durer. En este camino es necesario reabrir otra vez la tesis de Aristóteles sobre el hombre de genio y la melancolía, recurrir a los textos de Giovanni Pico della Mirandola, y dirigir la mirada a las brillantes páginas de *Anatomía de la Melancolía*, escritas por Robert Burton, reconocido heredero del saber de Demócrito, para devolverle al suicidio la dignidad trágica perdida. Ahora la melancolía solo es una depresión mayor para la psiquiatría, una enfermedad de la seguridad social, y el suicidio un mero síntoma a combatir con psicofármacos, con hospitalización y un poco de terapia.

Esa triste figura del melancólico, teñido por la bilis negra, de piel cetrina y penetrantes ojos oscuros, cabizbajo, con su mirada dirigida a la tierra, solitario, frío y seco, signos indudables de la muerte que lo anima y que le da su aspecto lúgubre vive excomulgada de la sociedad. Nuestro melancólico moderno no es el ser sublime, extático y rabioso, representante del genio para Aristóteles, ni un tenaz resistente al dogma de la Iglesia en la Edad Media, ni ese desesperado humanista del renacimiento deseoso de asumir la responsabilidad de su propio destino. Ahora en la modernidad está atribulado, abatido y sin palabras, es por sobre todas las cosas un individuo triste que deambula perdido en las salas de espera de las consultas médicas. Sin fe ni creencias busca apartarse de la vida y el suicidio le ofrece no una huida, sino una salida.

Abatido, indolente, inactivo, aburrido y sin ilusiones, es el producto de una vida fracasada o el fracaso de la vida. Nuestro mundo no comprende el sentido de la tristeza, ni el del *spleen*, ni el de la indolencia, solo procura neutralizar sus efectos; antes, en otras épocas, lo hacía con las confesiones religiosas, ahora que la gente no va tanto a la iglesia, se la silencia con el uso de antidepresivos.

Sentimiento dulce —lo llama Diderot en la *Enciclopedia*— «... consecuencia de ciertas ideas de perfección que no se encuentran ni en uno mismo, ni en otros, ni en la naturaleza». Sentimiento de dulce

gozo, no sin el dolor propio de una vida que avanza entre las tinieblas y a sabiendas de no dejarse engañar por los camuflajes imaginarios de la realidad.

Creo que ha llegado el momento de dirigir la atención al texto de Freud *Duelo y melancolía* para señalar allí las dos operaciones realizadas por el autor. En la primera, compara el duelo con la melancolía con el fin de establecer lo que tienen en común. En la segunda, pone en juego la diferencia fundamental entre ambos estados y sus consecuencias teóricas. Será esta última cuestión la que servirá de apoyo para mostrar la distinta interpretación que hacen Freud y Klein acerca de las circunstancias psíquicas que acompañan al suicidio.

Por supuesto nos moveremos en el campo de las conjeturas dado que la muerte voluntaria es un acto que se prepara con la vocación secreta de morir, y cuando la persona decide matarse entra, por supuesto, en un mundo hermético e impermeable. La impermeabilidad del mundo de la autodestrucción crea casi siempre una obsesión irreductible a cualquier razonamiento o creencia que la mitigue.

Tanto en el duelo como en la melancolía se pone de manifiesto, en el texto de Freud, un fuerte debilitamiento del Yo, una retracción de la libido, con su consecuencia inevitable: la relajación de los vínculos del sujeto con el mundo. El desinterés, la pérdida de la capacidad de amar, la inhibición y el empobrecimiento del Yo, son sus rasgos característicos. A ello se agrega la pesada carga proveniente del Superyó con los continuos autoreproches, acompañados de un sentimiento de autodenigración y culpa que, en ciertos casos extremos, alcanzan la cota muy alta del delirio y de la gozosa expectativa de castigo. Todos estos signos se consideran normales en el proceso del duelo, y en la melancolía adquiere, por el contrario, un tono enfermizo.

¿Por qué este modo diferente de juzgar el proceso del duelo y la melancolía si en ambos estados aparece una comunión de atributos semejantes? ¿Qué respuesta da Freud a esta diferencia de criterios para hablar de





la normalidad en el duelo y del tono enfermizo en la melancolía? Escuchemos lo que dice en el texto:

Esto nos llevará a referir de algún modo la melancolía a una pérdida de objeto sustraída a la conciencia, a diferencia del duelo, en el cual no hay nada inconsciente en lo que atañe a la pérdida.

La diferencia entre los pronombres relativos *que* y *quien* nos da la clave. El melancólico no sabe que perdió, no tiene conciencia de ello y, sin embargo, padece un profundo y gran desgarró en su ser. En el duelo se reconoce a *quien* se perdió, es consciente de la pérdida de alguien y sufre un dolor reparable.

En el duelo, se sufre una pérdida que el sujeto puede identificar, ese quien es alguien que tiene o tuvo un peso emocional importante en su vida. La pena y el dolor real ocasionado por la pérdida de ese objeto imaginario con nombre y apellido dejarán una herida que otros objetos imaginarios curarán.

Retomo ahora un comentario pendiente. Se puede interpretar que el duelo le ofrece a Melanie Klein un territorio propicio para el desarrollo de sus ideas sobre los estados depresivos. En un temprano mundo psíquico donde se entremezclan, para la autora, la vida pulsional y un sinnúmero de objetos imaginarios identificables: el pecho bueno o malo de la madre, el pene sádico del padre o las heces destructivas del *infans*, en un combate cuyo resultado es, en algunas circunstancias, la posible desintegración del orden psíquico cuando no se encuentran los adecuados mecanismos de reparación, y se crean, a veces, las condiciones propicias para el suicidio.

La posición de Freud sobre estas cuestiones no adopta la misma dirección de pensamiento de Melanie Klein. La melancolía construida por Freud en su texto se aproxima a la visión de los clásicos griegos. Vuelve a través de ese objeto perdido, sin identificación posible, fuera del campo imaginario, a la amarga bilis negra, objeto que oscurece la vida del individuo y le proporciona ese tono de genialidad. En su época, el propio Demócrito fue considerado un loco cuando se apartó de Abdera

para disecar día y noche animales con el solo fin de encontrar en sus cuerpos la bilis negra. Su intento fue, por supuesto, fallido. No hay localización posible de ese oscuro objeto de la melancolía. De ese ombligo del ser.

Es esa mirada en el grabado de Dürero la que nos puede acercar un poco más al enigma del suicidio; es una mirada perdida en la bruma del atardecer de un ser hastiado obligado a la pasividad, cuando el sol decae y los murciélagos salen de sus cuevas, cuando nuestros propios instrumentos dormitan en el suelo porque no nos sirven más para continuar el camino, ni dan pistas para acceder al desgarró, cuando no se ve en el futuro el encuentro con ese algo que le devuelva a la vida un sentido para ser vivida.

Es la lucidez de la fragilidad de todo lo mortal que no permiten grandes ilusiones. Sobre esta dolorosa verdad de la vida Freud nos deja un comentario en su texto sobre la melancolía:

... quizá en nuestro fuero interno nos parezca que se acerca bastante al conocimiento de sí mismo y sólo nos intrigue la razón por la cual uno tendría que enfermarse (y agregó, por mi parte, suicidarse) para alcanzar una verdad así.

Quizá la melancolía no sea simplemente una enfermedad psiquiátrica, ni el suicidio un mero acto de locura. Desde la perspectiva freudiana la melancolía es la claridad de espíritu para comprender lo que muchos desean ocultarse. Es la grandeza del genio cargada de pesadumbre. El melancólico asume, no sin grandes dificultades, la impotencia como una condición normal del ser humano.

No es mi deseo confundirlos con el desarrollo de estas ideas y hacerles llegar con excesiva premura a una conclusión que no está en mi intención, la de proponer a la melancolía como causa privilegiada del suicidio. Simplemente es un paradigma que me permite decir que el suicidio es un acto contundente frente a una verdad irrefutable. Ante la soledad y el aislamiento, sometido por el dolor del vacío, el genio melancólico elige la salida de la muerte. El suicidio no es,





por lo general, un acto de cobardía. Es la única opción que tiene el ser humano cuando se halla entre la resistencia y el sometimiento y solo le queda la renuncia a la vida. Allí está en suspenso la interrogación planteada por Artaud: ¿el suicidio es una huida o una apuesta? ■

### Bibliografía

- AMÉRY, J. (2007). *Levantar la mano sobre uno mismo*. Valencia: Pre-Textos.
- ARISTÓTELES (2007). *El hombre de genio y la melancolía (problema XXX, I)*. Barcelona: Acantilado.
- CAMUS, A. (2012). *El mito de Sísifo*. Madrid: Alianza.
- DIDION, J. (2018). *El año del pensamiento mágico*. Barcelona: Random House.
- DONNE, J. (2007). *Biathanatos*. Madrid: AEN.
- FREUD, S. (1910). *Contribuciones al simposio sobre el suicidio*. OC: Tomo XI. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1915). *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*. OC. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1915). *Duelo y melancolía*. OC. Tomo I. Madrid: Biblioteca Nueva.
- (1925). *La negación*. OC. Tomo II. Madrid: Biblioteca Nueva.
- GRIMM, J. y W. (2018). *Cuentos de los hermanos Grimm*. Barcelona: Planeta.
- JANKÉLÉVITCH, V. (2009). *La muerte*. Valencia: Pre-Textos.
- KLEIN, M. (1935). *Contribución a la psicogénesis de los estados maniacos-depresivos*. Barcelona: Paidós.
- MARAI, S. (1999). *El último encuentro*. Barcelona: Emecé.
- MONTAIGNE, M. de (2007). *Costumbre de la isla de Ceos*. Los ensayos. Barcelona: Acantilado.
- (2007) *Los ensayos Capítulo III Libro II Costumbre de la isla de Ceos*. Barcelona: Acantilado.
- PETRARCA, F. (1992). *Sonetos y Canciones*. Barcelona: RBA.
- PLATÓN (1974). *Las leyes Libro IX 873c*. Madrid: Aguilar.
- RANK, O. (1914). *El doble*. Buenos Aires: Orión.
- Revista del Colegio de Psicólogos. INFOCOP*. nº 81, abril-junio 2018.
- SÉNECA (1982). *Epístolas morales a Lucilio*. Madrid: Gredos.
- TOLSTOI, I. (2013). *La muerte de Iván Ilich*. Madrid: Minimal.

---

Adolfo Berenstein  
[T] 609 08 80 41  
[@] adolfo.berenstein@gmail.com

